



VOL. 1 / 2013

Materialidades.

Perspectivas en cultura material

Vasijas en movimiento

**Selección y uso de recipientes cerámicos en Antofagasta
de la Sierra, Puna Meridional Argentina.**

VASIJAS EN MOVIMIENTO. SELECCIÓN Y USO DE RECIPIENTES CERÁMICOS EN ANTOFAGASTA DE LA SIERRA, PUNA MERIDIONAL ARGENTINA.

Aixa Vidal

Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano

Universidad Complutense de Madrid

Presentado 15 marzo 2013

Aceptado 20 junio 2013

RESUMEN:

Las relaciones que tanto los grupos humanos como los individuos establecen con los distintos elementos que constituyen su cultura material no se limitan simplemente a la manufactura y el uso de los objetos. En ocasiones, entre ambas etapas existe un evento de itinerancia, donde los distintos elementos son transportados a lugares más o menos distantes para ser depositados o consumidos. Esta movilización implica una toma de decisiones constante además de una posible sensación de añoranza con el contexto del cual provienen tanto los objetos como las personas. En este artículo indagaremos en las vinculaciones entre los recipientes cerámicos hallados en tres sitios de características diferentes pero integrados en el mismo modelo logístico ubicados en la localidad puneña de Antofagasta de la Sierra.

PALABRAS CLAVE: Formativo, cerámica, itinerancia, toma de decisiones, identidad.

ABSTRACT:

The relationships which both human groups and individuals build with the many elements of their material culture are not merely limited to the manufacture and use of objects. Between both stages there is frequently an itinerancy event, where the elements are transported to more or less distant places for their deposition or consumption. This mobilisation implies a constant decision-making process as well as a possible longing for the original context of both people and objects. In this paper we enquire on the relations among the ceramic vessels recovered from three different archaeological sites integrated in a unique logistics model in the Puna area of Antofagasta de la Sierra.

KEY WORDS: Formative, pottery, itinerancy, decision making, identity.

1. INTRODUCCIÓN

Los distintos paisajes donde se desarrolla la vida diaria de una sociedad influyen profundamente en su organización social, económica y cultural. La selección de determinados lugares para el asentamiento, la explotación de recursos y las vías de paso queda registrada no solo en la arquitectura sino también en la cultura material, ya sea mueble o estática, que los habitantes y/o viajeros de la zona deciden trasladar con ellos y fijar definitiva o temporalmente en los distintos sitios que van ocupando a lo largo de sus movimientos en el espacio. En este sentido, los sitios arqueológicos formativos de la localidad de Antofagasta de la Sierra son un buen ejemplo de la integración cultu-

ral y la toma de decisiones vinculada al uso de los artefactos que transportaron los grupos que se asentaron entre los diferentes lugares que formaban parte de su vida cotidiana.

2. ANTOFAGASTA DE LA SIERRA: "EL PUEBLO DEL SOL"

La localidad de Antofagasta de la Sierra (provincia de Catamarca, Argentina) se ubica en la Puna de Atacama, un desierto de altura con intensa radiación solar, gran amplitud térmica diaria, marcada estacionalidad con precipitaciones estivales pobres (0-700mm anuales), baja presión atmosférica y distribución irregular de recursos bióticos determinados por importantes variaciones en el clima, la topografía y la geología de la zona (Olivera y Elkin 1994; Olivera *et al.* 2006).

La cuenca del río Punilla constituye la red hidrográfica más importante de la zona, alimentada por varios manantiales que se originan en la base de los cerros Mojones y Galán. Entre sus principales tributarios destacan los ríos Ilanco, Las Pitás, Miriguaca, Mojones, Los Colorados, Toconquis y el arroyo de Curuto, a la vera de los cuales se han localizado numerosos sitios arqueológicos (Olivera *et al.* 2004).

Figura 1. Topografía de la región de Antofagasta de la Sierra y sitios estudiados en este trabajo.



La región presenta variaciones altitudinales de importancia, destacando una amplia cuenca endorreica con drenaje a la laguna de Antofagasta, al pie de los volcanes Antofagasta y Alumbraera (Fig. 1). Debido a la marcada actividad plutónica que se ha registrado en la zona, predominan los paisajes rocosos de gran magnitud, definidos por farallones y amplias zonas pedregosas. La vegetación característica está incluida en el dominio andino-provincia puneña, con predominio de la estepa arbustiva, halófila, herbácea y vega en muy variadas proporciones (Cabrera 1976) y un conjunto faunístico compuesto fundamentalmente por camélidos, roedores, algunos carnívoros, abundantes lagomorfos y varias especies de aves (Olivera y Elkin 1994).

La notoria irregularidad del régimen de lluvias, junto con las heladas, nevadas y fuertes vientos impredecibles determinan un ambiente heterogéneo e inestable donde los recursos bióticos se concentran en puntos localizados o “zonas de concentración de nutrientes” (*sensu* Yacobaccio 1994) cercanos a fuentes de

agua como los microambientes de fondo de cuenca y de quebradas protegidas que han formado verdaderos oasis desde comienzos de la ocupación humana en la zona (Grana y Morales 2005), aumentando el contraste entre áreas productivas y no productivas. La gran heterogeneidad registrada en la Puna (Olivera *et al.* 2006) tanto a nivel climático como geomorfológico contribuye a generar una gran variabilidad microrregional que puede dar lugar a variaciones locales que afectaron las características de los asentamientos y la cultura material de los distintos grupos humanos que habitaron la zona a lo largo del Holoceno.

Dentro de localidad de Antofagasta de la Sierra y a fines analíticos se han señalado tres sectores microambientales (Fig. 2) con alta concentración de recursos (Olivera 1991, 2001), cuyas diferencias topográficas y de recursos estuvieron estrechamente vinculadas a la estructura y dinámica de las poblaciones locales (Olivera y Podestá 1993; Olivera y Elkin 1994; Escola 2004):



Figura 2. Ubicación de los sitios mencionados en el texto en las diferentes áreas altitudinales.

1. Fondo de cuenca (3.400 - 3.550 m.s.n.m.): la zona más apta para las prácticas agrícola-ganaderas debido a sus amplias vegas.
2. Sectores intermedios (3.550 - 3.900 m.s.n.m.): favorables para el pastoreo y la agricultura a pequeña escala, con presencia de vegas, tolar y campo.
3. Quebradas de altura (3.900 - 4.600 m.s.n.m.): con vegas próximas a los cursos de agua que permiten el pastoreo pero no son aptas para la agricultura.

Debido a esta distribución particular, los asentamientos humanos en la región -que se remontan a unos 10000 años AP- se concentran en esas tres áreas, con bastantes diferencias en su funcionalidad dependiendo de las características de la región y el devenir histórico de las poblaciones de la zona. Sin embargo, la vinculación entre las mismas es permanente, evidenciado no solo en la presencia de recursos específicos de las distintas áreas altitudinales en todas las zonas sino fundamentalmente en elementos comunes de cultura material mueble (cerámicas, líticos, objetos de adorno personal) y en las destacadas representaciones de arte parietal, ya sea pintura o grabado, que cubren tanto las cuevas como los farallones que recorren las zonas de tránsito entre sitios y posibles vías pecuarias, como Peñas Coloradas, Punta del Pueblo, Ganadería, Campo de las Tobas, Río Miriguaca, entre otras.

2.1. La vida en un desierto de altura

Las primeras evidencias de ocupación (Fig. 3) se registran en los aleros rocosos de Quebrada Seca 3 y Punta de la Peña (Aschero 2000; Aschero y Martí-

nez 2001; López Campeney 2001), posibles campamentos estacionales de cazadores-recolectores altamente móviles con explotación intensiva de camélidos como recurso multipropósito, utilización de reparos rocosos como sitios de residencia y de actividades múltiples y desplazamientos dentro de un área de acción muy amplia para la obtención de recursos (Hocsman *et al.* Ms). Frente a un panorama de aridez generalizada en la Puna entre 6700-3000 AP (Olivera *et al.* 2006), la localidad de Antofagasta de la Sierra destaca por conservar una relativa humedad que permite una ocupación casi continua, si bien sus habitantes se desplazan a zonas con disponibilidad permanente de agua y pasturas como Quebrada Seca 3 o Cueva Salamanca 1 (Pintar 1996; Aschero 2000). Simultáneamente, en la cultura material de estos grupos cazadores-recolectores son notables algunos cambios, como las modificaciones en las técnicas de caza (Aschero y Martínez 2001) o el mayor uso de especies vegetales alóctonas (Babot 2006; Rodríguez 1998).

Desde c. 5000-3000 AP ya se identifican en la cuenca de Antofagasta de la Sierra sociedades agro-pastoriles que van complejizándose en cuanto a su organización social y económica hasta la actualidad, con un fuerte énfasis durante la época incaica. Para esta época se registran ocupaciones en Punta de la Peña 4, Peñas Chicas 1.1 y 1.3 (sector A) y en los niveles superiores de Quebrada Seca 3 (Aschero 2000). En este caso se detecta una reducción en la movilidad residencial, con reutilización de los espacios de habitación y de las zonas de explotación para la obtención de los recursos subsistenciales. De igual manera, se plantean cambios sociales de importancia asociados a una más marcada te-

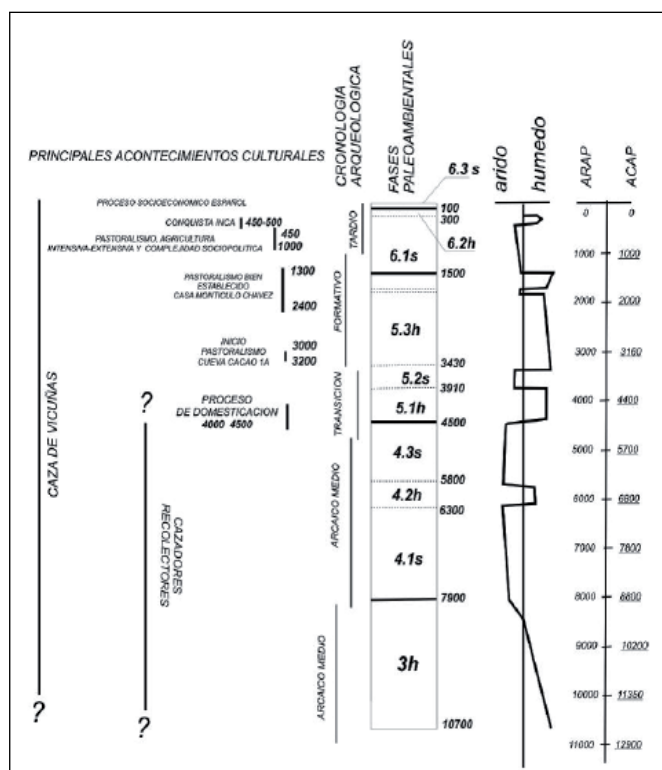
rritorialidad, el intercambio a larga distancia y la mayor densidad poblacional (Hocsman 2002).

A este período inicial, inmediatamente posterior al de las actividades básicamente cinegéticas, corresponde una logística de asentamiento y subsistencia denominada Formativo, caracterizada en la zona por una economía de amplio espectro (pastoreo, caza, agricultura y recolección) en la cual predomina la gestión de rebaños (Aschero 2000; Hocsman 2002; Olivera *et al.* 2006) visiblemente complementada con los recursos obtenidos en los sectores geográficos más altos con el fin de disminuir las carencias de recursos alimenticios inherentes a un ambiente de desierto de altura como es el caso de Antofagasta de la Sierra. De hecho, estudios recientes indican que para esta época se registra una disminución de los valores de isótopos ^{18}O y ^{13}C que indicaría un incre-

mento de la humedad hasta c. 1600 AP (Olivera *et al.* 2006). Este ambiente fue sin duda favorable para los habitantes del área, y pudo estar vinculado con la domesticación de los camélidos salvajes abundantes en la zona y el desarrollo de una sociedad de base pastoril acompañada de una reducción en la movilidad residencial con asentamientos de importantes dimensiones como el de Casa Chávez Montículos (Olivera 1991).

Posteriormente, entre 3000 y 1800/2000 años AP ya se identifica una economía también de base pastoril con presencia de posibles corrales en algunos sitios como Arroyo Seco en el fondo de cuenca y Punta de la Peña 9 en las quebradas intermedias (López Campeny 2001; Olivera *et al.* 2008), un importante desarrollo agrícola (Escola 2000; Olivera 1997, 2001) y vinculaciones culturales con el norte chileno. A partir de 2000 AP, por el contrario, las relaciones con los valles mesotermiales cercanos se hacen más notorias en los estilos cerámicos valliserranos que empiezan a notarse cada vez con mayor frecuencia en Antofagasta de la Sierra y, posiblemente, en el incremento de las prácticas de cultivo (Olivera y Vigliani 2000-02). Asimismo, se registra un aumento creciente de la población junto con la optimización de los espacios productivos, que lleva a ocupaciones más permanentes en los sectores medios de la cuenca (Escola *et al.* 1992-1993; López Campeny *et al.* 2005). Si bien la logística sería aún la de un sedentarismo dinámico (*sensu* Olivera 1988) que conectaría los sitios de ocupación permanente con otros de residencia transitoria y focalizados en funciones más específicas como las de zonas de producción, caza y/o recolección (Olivera y Palma 1997; García 1998; Aschero 2000; Olivera 2001; Olivera *et*

Figura 3. Fases paleohidrológicas, cronología y principales eventos culturales en Antofagasta de la Sierra (Tchilinguirian y Olivera 2010).



al. 2006; Olivera y Vigliani 2000-02; López Campeny *et al.* 2005). Este cambio en las prácticas económicas repercutió en todas las esferas de organización de los pobladores de la puna antofagasteña, modificando tanto la dieta como la movilidad, el uso del espacio, la utilización de nuevas tecnologías, las pautas de organización social y política, la cosmovisión e incluso la constitución de los grupos humanos (Olivera *et al.* 2012).

Dentro del área de fondo de cuenca destacan para este momento los niveles inferiores de Casa Chávez Montículos, fechado en c. 2400-2100 AP (Olivera 1991) y un poco más tarde acompañan a este asentamiento monticular ocupaciones de características más variadas como Corral Grande, Río Miriguaca, Confluencia A, Peñas Coloradas-BARLP, Punta de la Peña 9.I y II, y parte de Punta de la Peña 4 (Podestá 1986-87; Aschero 1999; Escola 2000; López Campeny 2001; Olivera 2001; Olivera *et al.* 2006; Olivera *et al.* 2008; Olivera y Vigliani 2000-02; Babot 2004; López Campeny *et al.* 2005; Babot *et al.* 2006).

Hacia 1600-1300 AP el ambiente comienza nuevamente a entrar en una fase de aridez creciente que continúa hasta la actualidad. Probablemente una de las consecuencias de este proceso haya sido la necesidad por parte de las poblaciones puneñas de la intensificación del manejo y la reproducción de los recursos naturales, en particular de la agricultura que se hace cada vez más notoria recurriendo a estrategias innovadoras como la irrigación o el control de los recursos propios de los diversos pisos ecológicos, siempre sumada a la explotación cada vez más intensiva de los camélidos y a importantes cambios en la organización social y las relaciones

de poder (Aschero 1999). Se consolidan las aldeas propiamente dichas (Olivera 1991; López Campeny *et al.* 2005; López Campeny 2009) si bien se mantiene la organización económica previa en cuanto a manejo de microambientes para la captación de recursos, ya que la desecación fue menos intensa en los sectores de altura y afectó fundamentalmente a las zonas tradicionalmente pobladas, como la aldea de Casa Chávez Montículos (Olivera 1991; García *et al.* 2000).

En síntesis, mientras que el desarrollo del pastoralismo y la consolidación del sedentarismo tuvieron lugar en un clima benigno de relativa humedad, la agricultura hidráulica tanto extensiva como intensiva -con la incorporación de terrazas, canales de riego, diques- y la mayor complejidad sociopolítica posterior se registran en un ambiente de mayor aridez. De esta época posterior datan una serie de sitios arqueológicos que constituyen verdaderos campos de cultivo, como Punta Calalaste en la cuenca homónima, Campo Cortaderas al noreste de la laguna Colorada y favorecido por vertientes naturales que originan una vega de buena pastura y aportan agua a un canal de riego (Olivera *et al.* 2008; Elías 2007; Olivera *et al.* 2012), o la aldea y los amplios campos de cultivo aledaños de Bajo del Coypar (Vigliani 1999), donde se identificó una ocupación Tardía Belén hacia 1000 AP. Este sitio, con un fuerte énfasis en la agricultura, es un claro ejemplo del proceso de concentración poblacional y desarrollo de las prácticas agrícolas en el fondo de cuenca. También son característicos de esta época asentamientos ubicados en zonas de buena visibilidad del entorno como Corral Alto, en las zonas intermedias junto al río Miriguaca (Gasparotti y Escola 2012), o incluso los grandes

conglomerados habitacionales como La Alumbra en el fondo de cuenca. Ambas manifestaciones culturales sufrirán cambios de importancia cuando la región sea incorporada al imperio Inka primero y a la colonia española más tarde, destacando la importancia económica que debió de tener la región para este grupo conquistador (Olivera y Vigliani 2000-02).

3. UN CASO DE ESTUDIO

Dentro de la amplia diversidad de expresiones culturales creadas y utilizadas por los pobladores de Antofagasta de la Sierra a lo largo de su historia, nos centraremos en los materiales cerámicos, en particular para los momentos Formativos (3000/3200-1500 AP) pero incluyendo también alguna referencia a momentos posteriores ya que presenciaron un importante cambio en lo que respecta a la participación social de esta tecnología. Además, debido a la particular disposición del espacio en Antofagasta de la Sierra y a la permanente vinculación entre áreas que hemos mencionado, consideramos que el estudio de la cerámica en esta localidad solo tiene sentido si se consideran los tres sectores microambientales propuestos y las posibles interpretaciones que tanto asentamientos como lugares de paso pudieron tener para los pobladores de la zona. Por ello nos centraremos en la aldea de Casa Chávez Montículos (fondo de cuenca), Cueva Cacao 1A (sectores intermedios) y el sitio de ocupación esporádica de Real Grande 6 (quebradas de altura), sin implicar con ello que la utilización de estos tres sitios corresponde al mismo grupo humano (Fig. 2) sino a una concepción organizativa ge-

neral común a los habitantes de la zona. Asimismo, no se debe pensar que esta vinculación excluye al resto de los sitios arqueológicos de la región, ya que tanto por proximidad como por sus fechados y características se debería incluir una larga lista de cuevas, abrigos, parajes y sitios a cielo abierto que pudieron haber estado estrechamente vinculados en el pasado y que no consideramos aquí por distintas restricciones analíticas. De esta manera, es nuestra intención ahondar en los aspectos de continuidad conceptual o variabilidad funcional y de organización que experimentaron esos espacios de uso durante los momentos asignados al Formativo local.

La aldea de Casa Chávez Montículos (en adelante, CChM) se encuentra en el fondo de cuenca (3.600 m.s.n.m.), junto al río Antofagasta-Punilla y dentro del bioma de tolar-campo, uno de los sectores microambientales más aptos para las prácticas agrícolas y el forrajeo estival de recuas de camélidos, un ambiente que fue utilizado con distinta intensidad coincidentemente con las variaciones locales de humedad.

Se trata de una ocupación intensiva del espacio (*sensu* Bailey 1990; Kotsakis 1999) conformada por diez montículos artificiales de distintas dimensiones dispuestos en dos grupos alrededor de un espacio deprimido central (Olivera y Nasti 1994), con abundante material arqueológico tanto en las estructuras como en los espacios intermedios. Debido al proceso erosivo de la zona, la mayor parte de los montículos ya no es visible, pero se excavaron detalladamente dos de ellos, identificados como CChM1 y CChM4. Si bien el primero presenta la peculiaridad de superponer dos ocupaciones distintas (correspon-

dientes a momentos iniciales y finales del Formativo en la región), en ambos montículos se identificaron estratigráficamente restos de diferentes tipos de estructuras (habitationales, basurales, estructuras de cavado artificial, fogones), evidencias de fabricación y utilización de cerámica (Olivera 1991; Vidal 2002), abundante material lítico (Escola 2004), indicadores de actividades agrícolas y vestigios de procesamiento y consumo de camélidos, fundamentalmente neonatos y juveniles, mayormente llama (*Lama glama*), que indicarían selectividad en el manejo de los animales (Olivera y Nasti 1994; Grant 2008). Tanto el registro material recuperado como las favorables condiciones de la cuenca, junto con la larga secuencia de ocupación del sitio (2120- 1530 AP) y la presencia de un cementerio contemporáneo en la zona (CChL), parecen indicar la presencia de una comunidad agro-pastoril con alto grado de sedentarismo, posiblemente con ocupación de año completo (Olivera y Elkin 1994), aunque vinculada ya sea estacional o permanentemente con las distintas zonas altitudinales de la región y con áreas más lejanas, como el norte chileno a comienzos de la ocupación o la zona valliserrana argentina ya hacia el final (Fig. 3). Debido a su clara

estratigrafía, sin palimpsestos diacrónicos, y a la abundancia de material recuperado, la producción material de este sitio (Fig. 4) ha sido tradicionalmente considerada como modelo para el estudio del resto de las ocupaciones formativas de la región.

En la localidad arqueológica de Paicuqui, distante unos 20 km del fondo de cuenca y ya en el piso altitudinal de los sectores intermedios, se ubica Cueva Cacao, un sitio compuesto por dos aleros bastante cercanos con abundancia de arte rupestre y algunas estructuras de piedra. De los diferentes niveles de ocupación localizados nos centraremos en las capas superiores, fechadas en *c.* 1400-1000 AP y contemporáneas con el desarrollo agro-pastoril en la cuenca y posiblemente con el final de los grupos cazadores-recolectores plenos en la región (con un fechado de 3390 AP). En el alero de mayor tamaño (CC1A) se recuperaron tiestos cerámicos, artefactos líticos, restos arqueobotánicos y paleofaunísticos, abundantes elementos de adorno y herramientas relacionadas con la realización de arte rupestre (Olivera *et al.* 2003).

En CC1A se ubicaron dos estructuras, una de depósito construida con lajas y

Figura 4. Excavación y vasija de CChM (Foto: Patricia Escola)

Figura 5. Vista general y representaciones rupestres en CC1A.



argamasa de arcilla amasada que presenta dos posibles eventos de utilización y lo que parecería ser una tumba en cista fechada en *c.* 1000 AP, en cuyo interior se halló un ajuar de trenzas de cabello humano, un sonajero, un par de sandalias y abundantes cuentas de adorno talladas en piedra y hueso. Este extraordinario conjunto se complementa con representaciones de pinturas y grabados rupestres (Fig. 5) que cubren la práctica totalidad de la superficie rocosa visible y muestran representaciones y estilos variados, seguramente asignables a los distintos momentos de uso del sitio, desde el período Formativo en la región al de Desarrollo Regionales e Inka (1100-465 AP) e incluso post-conquista, sin marcada separación del espacio estilístico en cuanto a la cronología (Aschero 1999, 2000).

Por último, el alero de Real Grande 6 (RG6) se encuentra dentro de un conjunto de oquedades ubicadas en la margen izquierda de la vega de altura homónima (4.050 m.s.n.m.), en un sector del

curso medio-superior del río Las Pitás (Fig. 6), una zona que pese a su altitud posee abundantes recursos hídricos y pasturas durante todo el año que resultan ideales para el pastoreo de invernada complementándolo con el pajonal de altura (Olivera y Elkin 1994). Los fechados disponibles ubican las ocupaciones humanas en RG6 entre *c.* 1200 y 700 AP (Olivera 1991), coincidiendo con los momentos más tardíos de CChM.

Parte de los materiales de este sitio está aún bajo estudio (Escola, Mallía y Peña, *com. pers.*) pero en líneas generales parecen coincidir con los recuperados en el alero de RG1: abundante material lítico y arqueofaunístico y unos pocos fragmentos de cerámica, en su mayoría utilitaria. La presencia dominante de *Lama vicugna* (Olivera y Grant 2009) sugiere que la mayor parte de los restos óseos recuperados provienen de actividades de caza. Complementariamente, la existencia de partes esqueléticas de pobre rendimiento indicaría un predominio de actividades de matanza y procesamiento de camélidos sobre el consumo (Olivera 1991; Olivera y Elkin 1994).

En cuanto al material lítico, los aleros y abrigos rocosos de la quebrada de Real Grande (RG1, RG4, RG6 y RG10) muestran una variabilidad de actividades líticas diferencial dependiendo de su potencial espacial para la ocupación. Por ejemplo, para RG1 se ha señalado una importante representación de artefactos, ya sea simples o complejos, posiblemente transportados a la zona para cumplir determinadas funciones en el puesto de altura que fueron posteriormente descartados tras su agotamiento o fractura, aunque también hay piezas enteras que pudieron haber sido dejadas abandonadas intencionalmente previen-

Figura 6. Alero RG6
(Foto: Patricia Escola)



do el retorno al sitio para minimizar la frecuencia y severidad de los riesgos de aprovisionamiento (Escola 2004). En el caso de sitios que ofrecen mayores ventajas en cuanto a reparo, como RG6, se espera una mayor variabilidad de actividades, reflejada en la diversidad de tipos líticos y materias primas en asociación con un lapso de ocupación más prolongado pero con escasa evidencia de etapas primarias de manufactura y preponderancia de puntas de proyectil (Mallía, com. pers.). Además, se identifica una relación de complementariedad entre sitios de un mismo microsector (Escola 2000; Dellino 1998).

3.1. La cerámica formativa en Antofagasta de la Sierra

Como se desprende del contexto geocronológico que acabamos de ver, la localidad de Antofagasta de la Sierra es inmensamente rica en expresiones culturales de distinta naturaleza y cronología. Incluso desde una perspectiva sincrónica se desprende una gran variedad de respuestas a las necesidades socioeconómicas que pueden verse manifiestas tanto en las características de composición y manufactura de los objetos y estructuras como en las elecciones de los pobladores puneños en cuanto a qué, cuándo y dónde utilizar ese bagaje.

El “Proyecto Arqueológico Antofagasta de la Sierra”, bajo la dirección de D. Olivera y en colaboración con el equipo de C. Aschero, lleva ya tres décadas estudiando esta región de la Puna salada. Ello ha facilitado un contexto muy completo de la vida en esta localidad a lo largo del Holoceno. Dentro de este plan de trabajo, consideraremos la producción cerámica en los sitios formativos seleccionados, teniendo en cuenta,

empero, la totalidad del contexto cultural en que fue recuperada.

Se analizó íntegramente el conjunto de cerámica no decorada obtenido en los tres sitios desde una perspectiva morfofuncional y arqueométrica de baja resolución para el análisis de pastas, registrando tanto las características de las superficies como las del corte. En cuanto a la superficie, se puso especial énfasis en la técnica empleada y el grosor del fragmento. La pasta requirió el tratamiento conjunto de una serie de variables, como la atmósfera de cocción, la textura, la distribución del color, el tipo, tamaño y cantidad de inclusiones, y los minerales representados.

Las técnicas de identificación visual utilizadas para estos materiales se basaron en la observación macroscópica, con lupa de mano y con lupa binocular de bajos aumentos (Leitz Wetzlar de x10 y x20) de la composición y estructura de la cerámica, siguiendo la metodología indicada para el Noroeste argentino en Cremona (1983-85) y bajo la supervisión de un geólogo. Posteriormente se realizaron estudios de porosimetría por intrusión de mercurio (Vidal 2003) y pruebas de resistencia mecánica (flexión); sin embargo, dada la ambigua variabilidad de los resultados obtenidos y la escasa muestra analizada, no consideramos que los resultados sean relevantes en esta discusión. En vistas a una estimación de cariz funcional se realizó una primera división del material teniendo en cuenta el grosor, una de las variables más sensibles en este sentido (Rice 1996). Una vez identificado, cada grupo se subdividió según una agrupación reiterada de varios atributos que estimamos importantes para diferenciar la estructura de las vasijas: tratamiento de las superficies, tama-

ño y cantidad de inclusiones, y atmósfera de cocción. Estas divisiones permitieron postular tres grupos, con tres subdivisiones cada uno, sintetizados en la Tabla 1.

En los tres sitios analizados, la caracterización morfológica (Fig. 7) es sólo tentativa ya que se han recuperado escasas muestras diagnósticas de bases y bordes, y únicamente una pieza completa. Las formas se infirieron a partir de los perfiles dibujados en base a los tiestos y las aberturas se calcularon con un gráfico de bordes (Rice 1987). Pese a su baja representatividad, podríamos decir que en todos los casos parecería tratarse de vasijas de distintos tamaños, en general con bordes rectos o evertidos y cuerpos globulares sin demarcación de la base. También aparecen pucos y vasijas de tamaño mediano y paredes rectas. En cuanto al tamaño, las mediciones de los bordes señalan aberturas entre 50 mm y 150 mm, predominando las que se encuentran en torno a los 100 mm que además se corresponden con piezas de bocas no restringidas, bordes entran-

tes y con un grosor de entre 5 mm y 9 mm. Dentro del conjunto, apenas están representadas las piezas con cuello.

La separación en grupos y subgrupos resultó útil para identificar los elementos en común y las particularidades de los tres contextos analizados (Vidal 2002), revelando una tecnología homogénea en todos los casos, sin diferencias notables en términos estructurales pero con algunas características propias que creemos que están vinculadas a la toma de decisiones de los usuarios de la cerámica sobre la elección de las vasijas que se trasladarían a los diferentes sitios.

En los tres sitios se hallaron fragmentos representativos de todos los grupos, si bien en distintas cantidades (Fig. 8). Proporcionalmente abunda el Grupo 2 (grosos entre 6 mm y 8 mm), seguido del Grupo 1 (grosos < 6 mm), en especial en CC1A y RG6, y, con un número significativamente menor de elementos, el Grupo 3 (grosos > 8 mm), que es además el más variable en cuanto a

Grupo	Subgrupo	Grosor	Superficie	Cocción	Tamaño inclusiones	Cantidad inclusiones
1	1 a	<6mm	pulida	completa-incompleta	p-m	media
	1 b		alisada	completa	p-m	media-abundante
	1 c		tosca	completa	p-m	media
2	2 a	6-8mm	pulida	completa-incompleta	p-m; p-m-g	media
	2 b		alisada	completa-incompleta	p-m; p-m-g	media-abundante
	2 c		tosca	completa	p-m; p-m-g	media
3	3 a	>8mm	pulida	completa	p-m	media
	3 b		alisada	completa	p-m-g	media-abundante
	3 c		tosca	completa-incompleta	p-m-g	media

Tabla 1. Resumen de la caracterización de los grupos y subgrupos en la cerámica formativa de Antofagasta de la Sierra; p-m: Tamaño pequeño o bimodal (pequeño y mediano); p-m-g: Trimodal (pequeño, mediano y grande) (basado en Vidal 2002)

representación tanto entre los distintos sitios como a lo largo de la ocupación de CChM, con una acusada reducción en cantidad en los niveles más recientes. En el caso de RG6, la presencia de estos



Figura 7. Morfología de la cerámica de Antofagasta de la Sierra (según Ambrosetti 1904).

contenedores de mayor grosor es incluso mínima. Por el contrario, es el grupo mejor representado en momentos Tardíos en la región, como se aprecia en los sitios de La Alumbraera, Bajo del Coypar (Olivera y Vigliani 2000-2002) y Corral Alto (Gasparotti y Escola 2012).

En la base residencial de CChM, el Grupo 1 no es demasiado notorio pero es el que muestra mayor cantidad de especímenes con adherencias de hollín. Son tiestos con paredes muy delgadas, poco adecuadas para soportar grandes

estructuras, con ambas caras alisadas o incluso casi pulidas, especialmente en el interior. La misma situación se repite en los otros sitios, pero en el caso de RG6 y CC1A pasa a ser el Grupo 2 el dominante en cuanto a restos de cenizas, al igual que en cantidad de pulidos internos. Este grupo es también el mayoritario en todos los sitios analizados, independientemente de su cronología, en particular la variante 2b -alisado en ambas caras-, que mantiene su prioridad en todos los momentos considerados.

El tipo de cocción difiere en gran medida según el tipo de sitio. En CChM existe una amplia variabilidad donde tanto las cocciones completas como las incompletas están representadas, mientras que en los sitios de las quebradas la práctica totalidad de los fragmentos presentan una cocción completa, ya sea reductora u oxidante, si bien en RG6 hay un mayor sesgo hacia las pastas rojizas. Estas diferencias podrían implicar algún tipo de selección en los materiales que se transportan lejos de la zona de manufactura, bien sea por cuestiones estéticas o de calidad, posiblemente considerando una atmósfera incompleta como inacabada. En cuanto a la abundancia de la atmósfera reductora en todos los sitios analizados, cabe la posibilidad de que no sean producto de la cocción inicial sino a su exposición reiterada a fuegos carbonosos durante su uso (Olaetxea 2000). Al respecto, es interesante el hecho de que en CC1A este tipo de cocción es dominante en todos los grupos, mientras que en CChM solo destaca en los Grupos 1 y 2 (vasijas de paredes más finas), y en RG6 está restringida casi exclusivamente al segundo grupo.

Si bien la textura de pasta es muy similar en todos los casos, en CChM predomina

minan la textura granular y la compacta, mientras que en los otros dos sitios la proporción se invierte. Por otro lado, los bajos porcentajes de texturas laminares desaparecen en estos últimos y se aprecian algunos ejemplares disgregables que probablemente sean efecto de alteraciones postdepositacionales ya que dichas piezas también muestran alteraciones en la superficie. En general, los tiestos de pasta granular presentan porosidad identificable macroscópica y mecánicamente (Vidal 2003) y son más friables, con mayor cantidad de inclusiones, de tamaños mayores y más variables. La pasta laminar es bastante importante en los momentos más tempranos de CChM y disminuye notablemente en el componente superior, especialmente en relación ciertos grupos, como el 1 y el

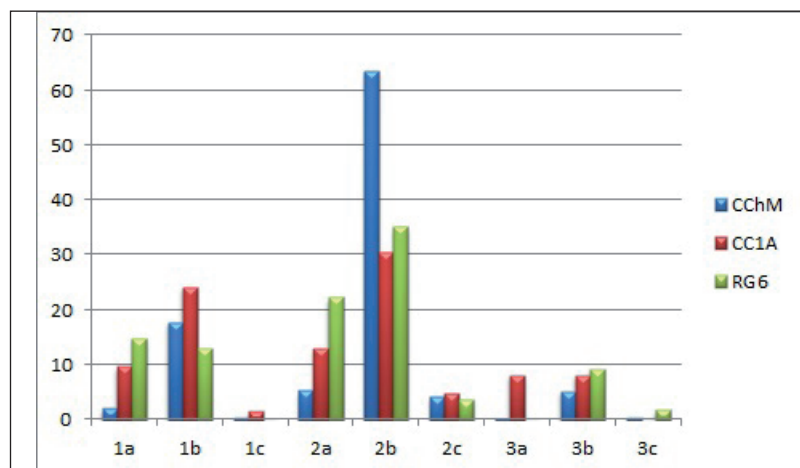


Figura 8. Proporciones de representación de los grupos y subgrupos en CChM, CC1A y RG6.

3, en los cuales alcanza los porcentajes registrados para los otros dos sitios. Por lo general, este tipo de textura aparece asociado a grandes cantidades de muscovita muy fina en el caso del Grupo 1, y a una selección de minerales variados en el Grupo 3, que reúne las piezas de mayor grosor.

En la muestra de cerámica no decorada de CChM se identifican tanto inclusio-

nes exclusivamente inorgánicas como mixtas (con componentes orgánicos e inorgánicos), con una ligera diferencia a favor de la primera. En contraste, en CC1A prácticamente toda la muestra tiene contenidos minerales exclusivamente, y en el caso de RG6 esta dominancia se invierte. Los tipos de materiales utilizados como inclusiones son comunes a todo el conjunto: vegetales carbonizados, rocas de varios orígenes, micas en todas sus variedades, granos de cuarzo angulares y redondeados, basalitos, ópalos, cuarcitas y rocas volcánicas, todos ellos identificados en los estudios de difracción de las arcillas y cerámicas presentes en las inmediaciones de CChM (Olivera 1991; López Campeny 2001; Tchilinguirian, com. pers.). Además de ser variadas en cuanto a composición, las inclusiones también presentan diferencias de tamaño. Predominan las inclusiones finas, principalmente de dimensiones medianas y finas combinadas, o solo las primeras. En el caso de CChM y CC1A también aparece un escaso porcentaje de fragmentos sin selección de tamaño de inclusiones, fundamentalmente en los momentos más tardíos. Esta distribución trimodal incluye antiplásticos de varios orígenes, donde los más gruesos suelen ser roca o cuarzo de contornos sumamente angulosos, posiblemente de incorporación intencional (Rye 1981).

Ya entrando en el análisis de las variables más estrechamente vinculadas al posible uso de las cerámicas, es importante señalar que la evidencia macroscópica de lípidos en las superficies de los fragmentos es escasa, con porcentajes menores al 1% en CChM y RG6, y ligeramente por encima en CC1A. Casi la totalidad de estos fragmentos pertenecen a los Subgrupos 2b (con la excepción de dos

tiestos en CChM que se acomodan en el Subgrupo 1b), una agrupación que se caracteriza por la abundancia del antiplástico, superficies de la pieza alisadas y un grosor dentro del rango de los 6mm a 8mm. De cualquier manera, esta información es solo parcial, ya que únicamente se contabilizaron los casos en que el patinado es muy evidente y cubre gran parte de la superficie bajo análisis, dejando de lado aquellos fragmentos con pequeñas líneas o manchas de apariencia grasosa o los depósitos de estas sustancias que podrían estar presentes en los poros debido a que requieren de analíticas más complejas que las aquí utilizadas.

Las probables marcas de uso tampoco son fáciles de identificar en la muestra, si bien en este caso se suma el problema de la fragmentación de la pieza, que dificulta algunas observaciones pertinentes como la ubicación, el tamaño y la orientación de las marcas. Por el momento, se contabilizó alrededor de un 15% de rayados o saltados de material que podrían haber sido originados por el uso que se le dio a la pieza, la mayoría del ellos en el

Subgrupo 2b, aunque también aparecen algunos en el 2a. Por otro lado, ningún tiesto del Grupo 1 ni del 3 parece presentar este tipo de alteraciones.

Una situación similar se evidencia en el resto de los sitios de la región para estos momentos (Olivera 1997), con una alta variabilidad de tipos y una baja estandarización en la manufactura, aunque con muy buena destreza técnica. En el caso de Corral Grande, por ejemplo, la importante similitud con el contexto recuperado en CChM sugiere que también se trataba de una base residencia de actividades múltiples, con un típico contexto doméstico.

El material decorado no es demasiado abundante en los sitios formativos de Antofagasta de la Sierra pero constituye una fuente de información importante para postular relaciones entre esta zona de la Puna y las áreas cercanas (Fig. 9). La muestra proveniente de CChM no fue objeto de este análisis pero ha sido previamente estudiada por Olivera (1991, 1997), quien propuso una serie



Figura 9. Vasija completa recuperada en CChM1, Componente Superior (finales del Formativo) de filiación valliserrana (Foto: Patricia Escola).

de grupos de referencia para los fragmentos localizados en ambos componentes de CChM.

El conjunto más numeroso, denominado Grupo 1-2 se caracteriza por piezas pulidas ya sea completamente o en bandas, de atmósfera reductora y paredes de color gris-negro o exclusivamente negro. En algunos casos, sobre todo en los momentos más recientes, se asemeja a la cerámica típica de Saujil o Ciénaga y, en menor medida, Aguada (Sempé 1977) en los valles mesotermiales orientales. El Grupo 4, o Rojo pintado debido a su apariencia externa, es tecnológicamente similar y también aparece en los niveles más tempranos. Los Grupos 3, 6, 7 y 8 podrían considerarse variedades del mismo estilo y están pintados con líneas paralelas, oblicuas o reticuladas sobre fondos más claros, también semejantes a la cerámica de los valles vecinos. El grupo 5 se identifica por una superficie pulida de colores café-amarillentos más o menos rojizos. Por último, el Grupo 9 o Ante pulido se asemeja estéticamente a las cerámicas Ciénaga o Aguada pero está escasamente representado en la región.

Tanto en RG6 como en CC1A los materiales cerámicos decorados son escasos y reúnen las mismas características que en CChM. En CC1A solo se recuperó un porcentaje mínimo de fragmentos gris pulido similares a los de las primeras etapas de la base residencial, mientras que en RG6 las similitudes más cercanas podrían encontrarse con los materiales valliserranos.

4. DISCUSIÓN: LA CERÁMICA Y LOS LUGARES EN ANTOFAGASTA DE LA SIERRA

Entendemos la cerámica como una tecnología para satisfacer necesidades tanto cotidianas como eventuales, a nivel físico y simbólico, sin olvidar que su producción está inmersa en un sistema político, social, ideológico y económico específico; además, está moldeada por las restricciones y oportunidades del alfarero y del ambiente. La consideración de estos factores es imprescindible para entender el papel de la cerámica y, a su vez, los datos aportados por esta tecnología nos permiten interpretar el conjunto de la sociedad en cuanto a las relaciones establecidas, el tipo de organización y la vinculación de las personas con su entorno.

“Tecnología cerámica” implica la composición, las propiedades y el proceso de manufactura de los objetos de este material, junto con las personas involucradas y el ambiente en que viven. Entonces, es importante no solo considerar esta tecnología en la microescala del tiesto/vasija como acabamos de presentar sino también vincularla con la región en la que se halla, para evaluar la selección de ciertos recursos del medio -como los bancos de arcilla, combustibles, pigmentos, desgrasantes, etc.- y las técnicas específicas escogidas, además de los significados que esa cerámica pudo tener para los usuarios, más allá de la mera funcionalidad.

El uso del espacio, su concepción y organización es fundamental para los grupos humanos. En el caso de Antofagasta de la Sierra esta importancia es evidente en la utilización de determinados microambientes y geoformas para establecer sitios con distintas ac-

tividades y continuidad de ocupación. De esta manera, en la zona se localizan desde bases residenciales o aldeas habitadas de manera intensiva a lo largo del tiempo -que constituyen verdaderos montículos como en CChM o potentes niveles ocupacionales como en Punta de la Peña 9 o La Alumbreira- hasta lugares de paso que incluyen paneles y cuevas con arte rupestre, pasando por apostaderos para caza y pastoreo, y terrazas y campos de explotación agrícola. Es en esta diversidad espacial a la vez natural y socialmente construida donde debemos considerar los posibles lugares para la manufactura y el uso de los recipientes cerámicos. Considerar el espacio construido nos permite acercarnos a las actividades llevadas a cabo en un contexto social determinado. Como indica López Campeny (2009), la arquitectura ofrece “recordatorios físicos” de las convenciones sociales compartidas y actúa reforzando y haciendo perceptibles ciertas funciones; creemos que esta idea se puede extender más allá de la arquitectura para incluir otras materialidades, como la cerámica.

El modelo postulado para la región de Antofagasta de la Sierra, el “sedentarismo dinámico” (Olivera 1988) integra dos actitudes diferentes de los grupos humanos con respecto al espacio (Sheller y Urry 2006): por un lado el sedentarismo de parte del grupo en las bases residenciales y, por otro, la movilidad evidente entre los distintos sectores altitudinales vinculada no solo con el manejo de los recursos animales sino también con una posible representación simbólica de la sociedad en sitios escogidos para señalarlos con manifestaciones rupestres fundamentalmente.

La cerámica, al formar parte de esta organización logística, también varía entre los sitios, como varía asimismo la organización del espacio y probablemente la población que se encuentra en cada uno de ellos. La localización de posibles talleres o áreas de manufactura en CChM y la buena calidad plástica de los bancos locales (Olivera 1991; López Campeny 2001) estaría indicando el comienzo de la biografía de estos conjuntos cerámicos en un contexto más gregario y sedentario, donde además sería abundantemente consumida y descartada.

Creemos que una vez obtenida la vasija pasaba por un proceso de selección por parte de los habitantes de la zona, que aplicarían una serie de criterios (estéticos, funcionales, simbólicos) para determinar si serían o no transportadas a los distintos sitios que conformaban su hábitat social, como el puesto de caza y pastoreo de RG6 o la cueva de uso ritual de CC1A, en nuestro caso. Como acabamos de señalar, el conjunto cerámico en la totalidad de los sitios estudiados guarda grandes similitudes y es sumamente probable que las cerámicas halladas en CC1A y RG6 hayan sido manufacturadas en sitios como CChM.

Sin embargo, algunas diferencias significativas dan lugar a plantear cuestiones claramente vinculadas con decisiones conscientes de los usuarios de la cerámica formativa en Antofagasta de la Sierra. La desigual representatividad de los distintos grupos es bastante singular, en particular la práctica ausencia del Grupo 3 tanto en CC1A como en RG6. En un trabajo anterior (Vidal 2002) habíamos postulado que este grupo sería idóneo por sus características morfo-funcionales para el almacenamiento, en particular de granos o elementos secos y volu-

minosos. En CChM la cantidad de este tipo de recipientes se reduce considerablemente hacia el final de la ocupación, cuando precisamente se registra una mayor intensificación y expansión de las actividades agrícolas. Sugerimos entonces, tomando en cuenta los datos disponibles sobre las áreas de cultivo para los momentos posteriores en la zona (Vigliani 1999; Olivera y Vigliani 2000-02; Gasparotti y Escola 2012), que la actividad de almacenaje y posiblemente también la de procesamiento inicial de los recursos vegetales cultivados pudo haberse trasladado para dichos momentos a la zona de producción agrícola, movilizándolo a la base residencial de CChM solo la cantidad necesaria de granos procesados para su consumo. De hecho, durante el inmediatamente posterior período Tardío, cuando CChM pierde importancia en la zona y aumentan las condiciones de aridez en torno al sitio, tanto en Bajo del Coypar como en Corral Alto se identifica un cambio en los intereses con respecto a la cerámica, con una producción altamente estandarizada que favorecería las vasijas relacionadas con el almacenaje de granos: grandes ollas de formas abiertas y paredes gruesas, difíciles de transportar por su peso y dimensiones (Vigliani 1999; Gasparotti y Escola 2012). De la misma manera, y más aún debido a su emplazamiento alejado de las áreas de producción agrícola, el almacenamiento sería una actividad extraña a los sitios ubicados en las zonas de mayor altura como CC1A o RG6. Su ocupación temporal justifica asimismo esta ausencia, ya que sería innecesario un gran espacio de almacenamiento dentro del modelo de uso de estas zonas.

Esta situación no implica, empero, que no se utilizaran materiales cerámicos

para el almacenamiento: simplemente serían sustituidos por una elección hacia recipientes más livianos y pequeños, igualmente útiles para el almacenamiento a corto plazo pero con un menor coste de transporte y capacidad para atender a una población evidentemente menor, quizás incluso para un uso más individual que el que tendrían en la aldea. Aun en un modelo de dispersión y movilidad geográfica como en el caso de Antofagasta de la Sierra, es imprescindible cierta concentración de recursos materiales y simbólicos en los lugares de uso temporal para atender las necesidades de aquellos que están desplazados (Sassen 2002) aunque sea por cortos períodos de tiempo. Ello explicaría la abundancia de algunos grupos cerámicos, en particular del Grupo 2, que posiblemente hayan sido elegidos para transportarlos a estas zonas por su versatilidad debido fundamentalmente a sus características técnicas (paredes de grosor medio, acabado relativamente bueno, escasa porosidad, estructura fuerte por la composición de los antiplásticos), capacidad que se vería reforzada por la presencia de depósitos de hollín y de lípidos en algunas de las vasijas. Algo similar ocurriría con el utillaje lítico (Escola 2004), donde parece que se optó por una estrategia multifuncional que minimizara el esfuerzo tecnológico implicado en la manufactura de una mayor diversidad de útiles, que en el caso de la cerámica, repetimos, puede estar evidenciado por la selección de recipientes de características aptas para una diversidad de funciones.

Por el contrario, esta menor inversión de esfuerzo no se condice con otra peculiaridad de las cerámicas recuperadas en los sitios de los sectores intermedios y de las quebradas de altura: si bien en

su conjunto no son disímiles a los de la base residencial, aquí aparecen casi exclusivamente materiales que implicaron una manufactura mejor desarrollada, con recipientes de muy buena calidad, buena selección de grano y acabados más trabajados, invirtiendo las proporciones de representatividad de estos materiales en la aldea. No nos queda claro el motivo de esta selección. Quizás sea simplemente una estrategia para reducir riesgos, como se indicó en el caso del material lítico, ya que únicamente se podrían reemplazar los recipientes rotos o fallidos al regreso a la aldea, con lo cual no solo estarían transportando los objetos al mismo sitio por lo menos dos veces sino que, fundamentalmente, no los tendrían disponibles para su uso *in situ* cuando fuera menester. En el caso de CC1A se podría plantear con argumentos más sólidos una intencionalidad estética o simbólica asociada acorde al resto de la cultura material del sitio, si bien es importante tener en cuenta que aquí hemos restringido el análisis a las cerámicas sin decoración -de cualquier manera, las piezas decoradas son escasas y se limitan a algunos tiestos con escasa decoración-.

Otra explicación, que podría ser complementaria, plantearía la reutilización de los conjuntos cerámicos de manera estacional, donde se incorporarían nuevos elementos con cada nueva visita a los sitios. Dentro del conjunto lítico se ha señalado la posibilidad de abandono de artefactos para su posible utilización posterior (Escola 2004) y lo mismo podría estar sucediendo con la cerámica: si bien su uso continuado sería esporádico, se repetirían en el tiempo los eventos en que el mismo recipiente sería de utilidad. Ello contribuiría a una reducción del riesgo asociado al estar lejos del centro productor, ya

que crearía un “escondrijo” o depósito confiable (*sensu* Torrence 1989) al cual recurrir sin necesidad de transportar todo el conjunto necesario en cada subida. En este caso, sería necesario contar con materiales de buena calidad y durables, en particular dadas las extremas condiciones climáticas de los puestos de altura.

Una cuestión aparte la plantea el momento de las ocupaciones de los distintos sitios. Si bien los tres sitios se encuentran dentro del marco cronológico y cultural de lo que denominamos sociedades formativas, con fechas que incluso se solapan, los fechados disponibles para la localidad arqueológica de Real Grande son bastante anteriores o ligeramente posteriores a los de CChM (Fig. 5). Si bien los fechados no son lo suficientemente numerosos ni determinativos para plantear una cronología de ocupación, es llamativo que la cerámica muestra cierta tendencia a asimilarse a la hallada para los momentos más tardíos de la ocupación de la aldea, siendo muy bajas las proporciones de cerámicas más frecuentes en el componente inferior de CChM. Quizás la ocupación de estos sitios de altura sea demasiado esporádica para los primeros momentos de ocupación del fondo de cuenca y no justificaba el traslado de recipientes cerámicos que serían reemplazados por otro tipo de tecnología, pero parece más probable que o bien estas zonas solo se utilizaron hacia el final del Formativo local o se incrementó su uso recién en estos momentos y los nuevos ocupantes resignificaron el espacio reemplazando el registro cultural anterior con sus nuevos materiales. Ello sería coherente con los resultados de los estudios paleoambientales realizados en la zona: durante los primeros momentos de ocupación de CChM, la mayor humedad de la cuenca y zonas aledañas pudo

haber favorecido la explotación de subsistencia en una escala espacial mayor, con poca recurrencia a las quebradas de altura y las zonas intermedias. A medida que se aridizaba la zona, los recursos que obtenían los habitantes desplazados a zonas como la de RG6 serían más necesarios debido a la menor fecundidad de la cuenca, junto con el incremento demográfico, que coincidiría no solo con la mayor intensidad de actividad agrícola registrada en los perfiles sino con mayor presencia de registro arqueológico de finales del período Formativo en otras zonas más distantes pero igualmente vinculadas a la aldea.

En todo caso, la selección de materiales cerámicos para transportar a las zonas de un uso más esporádico es notoria y llamativa dentro de un contexto donde solo se utilizarían los recipientes cerámicos durante poco tiempo. Justamente por tratarse de movimientos temporales, que serían apenas una etapa dentro de los desplazamientos típicos de la rutina de los pobladores de esta zona puneña para cumplir con sus obligaciones e intereses, las personas probablemente llevarían consigo enseres que les resultarían cómodos, útiles y agradables y, por qué no, probablemente que les recordaran su lugar de origen. De esta manera, y al ser la cerámica un material frágil, a lo largo del tiempo se crearían patrones de materiales que podrían interpretarse como las zonas de conectividad y centralidad descritas por Graham y Marvin (2001), reforzando un sentimiento de identidad con la base residencial.

Quizás también sea esta añoranza por el lugar de origen o lo que Brah (1996) y Fortier (2000) denominan *homing* el motivo por el cual la mayoría de los materiales que se transportaron fuera de la

aldea, incluso aquellos que se introdujeron en zonas de uso más ritual, sean fundamentalmente de origen local. La presencia de estilos cerámicos propios de los valles del noroeste argentino y del norte chileno ha sido interpretada como posibles relaciones étnicas, comerciales, sociales y rituales establecidas con estos grupos contemporáneos (Raffino y Cigliano 1973). Si bien interpretaciones más recientes del arte rupestres de la zona consideran la posibilidad de conflictos entre algunos grupos corporativos en el fondo de cuenca y pastores en los sectores intermedios (Martel y Aschero 2007; Cohen 2011), la presencia de elementos cerámicos comunes entre ellos podría ser un elemento determinante en la compleja interrelación entre el traslado y el asentamiento, lo que es el hogar y lo que no lo es. Al trasladarse, las personas llevarían consigo no solo materialidades sino también la ideología del grupo que les permite configurar los lugares de paso y ocupación como parte de su propio contexto social.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

El mundo material en el que habitan las personas establece un marco de referencia para construir e interpretar el entorno y la sociedad. Desde sus orígenes, los grupos humanos no se restringen a vivir exclusivamente en un lugar fijo, ni siquiera en las sociedades más sedentarias, sino que incluyen movimientos a distintos sitios, ya sean físicos o simbólicos, dentro de su concepción del hábitat. Sin embargo, ciertos elementos son recurrentes en cualquier sitio al que las personas se desplacen: distintos tipos de objetos forman parte de su bagaje y no todos ellos fueron simplemente seleccionados por su funcionalidad.

La cerámica hallada en los distintos sitios que integraban la logística de movimiento de los habitantes de Antofagasta de la Sierra podría responder, tanto por sus elementos comunes con la zona de producción y habitación permanente como por sus peculiaridades, a la toma de decisiones por parte de los viajeros de aquello que les sería necesario en sus desplazamientos a zonas más altas que la base residencial. Distintos factores pudieron haber condicionado esta selección: disponibilidad, menor peso, gusto estético. Ninguna de ellos es excluyente. Como tampoco lo sería el interés por conservar un objeto que los remita simbólicamente a su lugar de origen, que estableciera una conexión con el grupo del cual formaban parte.

AGRADECIMIENTOS

A todo el equipo de Antofagasta de la Sierra, aquellos que trabajan desde Buenos Aires, Catamarca y Tucumán, pero muy especialmente a Patricia Escola por sus ánimos y por facilitarme fotografías y enormes volúmenes de bibliografía actualizada que espero haber podido interpretar como se merece. También a Daniel Alberro por las sugerencias teóricas, y a Sol Mallía-Guest por su apoyo y correcciones.

BIBLIOGRAFÍA

- AMBROSETTI, J. (1904) "Apuntes sobre la arqueología de la Puna de Atacama" *Revista del Museo de la Plata*, 12. La Plata: Taller de Publicaciones, pp. 3-30.
- ASCHERO, C. (1999) "El arte rupestre del desierto puneño y el Noroeste Argentino". En J. Berenguer y F. Gallardo (eds.), *Arte rupestre en los Andes de Capricornio*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino, pp. 97-135.
- ASCHERO, C. (2000) "El poblamiento del territorio". En M. Tarragó (dir.) *Nueva Historia Argentina, Los Pueblos Originarios y la Conquista*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 17-59.
- ASCHERO, C. y MARTÍNEZ, J. (2001) "Técnicas de caza en Antofagasta de la Sierra, Puna Meridional Argentina" *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVI, pp. 215-241.
- BABOT, M. (2004) "Tecnología y utilización de artefactos de molienda en el Noroeste prehispánico". Tesis doctoral leída en la Universidad Nacional de Tucumán, Ms.
- BABOT, M. (2006) "El papel de la molienda en la transición hacia la producción agropastoril: un análisis desde la Puna Meridional argentina" *Estudios Atacameños. Arqueología y Antropología Surandinas*, 32, pp. 75-92.

BABOT, M.; ASCHERO, C.; HOCSMAN, S.; HAROS, M.; GONZÁLEZ BARONI, L. y URQUIZA, S. (2006) “Ocupaciones agropastoriles en los sectores intermedios de Antofagasta de la Sierra (Catamarca): Un análisis desde Punta de la Peña 9.I.” *Comechingonia*, 9, pp. 57-75.

BAILEY, D. (1990) “The Living House: Signifying Continuity”. En R. Samson (ed.), *The Social Archaeology of Houses*. Edimburgo: Edinburgh University Press, pp. 19-48.

BRAH, A. (1996) *Cartographies of Diaspora: Contesting Identities*. Londres: Routledge.

CABRERA, A. (1976) *Regiones fitogeográficas argentinas*. Enciclopedia Argentina de Agricultura y Ganadería II. Buenos Aires.

COHEN, M. (2011) “Prácticas sociales, estrategias de visibilidad y construcción de la cartografía social durante el lapso ca. 1000-1500 AD en Antofagasta de la Sierra, Catamarca. Perspectivas desde el sitio peñas Coloradas 3 cumbre”. Tesis doctoral leída en la Universidad de Buenos Aires. Ms.

CREMONTE, M. (1983/85) “Alcances y objetivos de los estudios tecnológicos en la cerámica arqueológica” *Anales de Arqueología y Etnología*, 38/40, pp. 179-217.

DELLINO, V. (1998) “Puestos de Caza y Pastoreo de Altura: Uso y Manejo de Recursos Líticos en la Quebrada de Real Grande (Provincia de Catamarca)”. Tesis de licenciatura leída en la Universidad de Buenos Aires. Ms.

ELÍAS, A. (2007) “Tecnología lítica en las sociedades tardías de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina)” *Estudios Atacameños*, 33, pp. 59-85.

ESCOLA, P. (2000) “Tecnología extractiva y sociedades agro-pastoriles tempranas”. Tesis doctoral leída en la Universidad de Buenos Aires. Ms.

ESCOLA, P. (2004) “La expeditividad y el registro arqueológico” *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, volumen especial, I, pp. 49-60.

ESCOLA, P.; NASTI, A.; REALES, J. y OLIVERA, D. (1992-1993) “Prospecciones arqueológicas en las quebradas de la margen occidental del Salar de Antofalla, Catamarca (Puna Meridional Argentina): resultados preliminares” *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 14, pp. 171-190.

FORTIER, A. (2000) *Migrant Belongings: Memory, Space, Identity*. Oxford: Berg.

GARCÍA, L. (1998) “Arqueología de asentamientos formativos en la Puna Oriental y su borde, Provincia de Jujuy: El cambio hacia una vida crecientemente sedentaria y productiva en Azul Pampa, Departamento de Humahuaca”. Tesis doctoral leída en la Universidad de Buenos Aires.

GARCÍA, S.; ROLANDI, D. y OLIVERA, D. (2000) *Puna e historia. Antofagasta de la Sierra, Catamarca*. Buenos Aires: Asociación Amigos del Instituto Nacional de Antropología,

GASPAROTTI, L. y ESCOLA, P. (2012) “Elecciones tecnológicas en la alfarería. Un abordaje preliminar de la cerámica de Corral Alto, Antofagasta de la Sierra (Catamarca)” *La Zaranda de Ideas: Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología*, 8, pp. 49-64.

GRAHAM, S. y MARVIN, S. (2001) *Splintering Urbanism*. Londres: Routledge.

GRANA, L. y MORALES, M. (2005) “Primeros resultados paleoambientales del análisis de diatomeas fósiles del Holoceno Medio y Tardío de la cuenca del río Miriguaca, Antofagasta de la Sierra, Puna catamarqueña”. En A. Cetti, A. Re, D. Rindel y P. Valeri (coords.), *Entre pasados y presentes. Trabajos de las VI Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Antropológicas*. Buenos Aires: INAPL, pp. 342-409.

GRANT, J. (2008) “El recurso Camelidae en sitios de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina) una aproximación osteométrica”. Tesis de licenciatura leída en la Universidad de Buenos Aires. Ms.

HOCSMAN, S. (2002) “¿Cazadores recolectores complejos en la Puna Meridional argentina? Entrelazando evidencias del registro arqueológico de la microrregión de Antofagasta de la Sierra (Catamarca)” *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 27, pp. 193-214.

HOCSMAN, S.; MARTINEZ, J., RODRIGUEZ, M. y ASCHERO, C. “Obtención de recursos distantes en la porción meridional de los Andes Centro Sur: Una visión desde la puna argentina”. Ms.

KOTSAKIS, K. (1999) “What Tells Can Tell: Social Space and Settlement in the Greek Neolithic”. En P. Halstead (ed.), *Neolithic Society in Greece*. Sheffield: Sheffield Academic Press, pp. 66-76.

LÓPEZ CAMPENY, S. (2001) “Actividades domésticas y organización del espacio intrasitio. El sitio Punta de la Peña 9. Antofagasta de la Sierra (Prov. de Catamarca)”. Trabajo final de la carrera de arqueología, Universidad Nacional de Tucumán. Ms.

LÓPEZ CAMPENY, S. (2009) “El hogar, los ancestros y el corral: reocupación y variabilidad en el uso del espacio en unidades domésticas arqueológicas (sitio Punta de la Peña 9, Antofagasta de la Sierra, Catamarca)”. En F. Oliva, N. de Grandis y J. Rodríguez (comp.), *Arqueología Argentina en los inicios de un Nuevo Siglo, Tomo II*. Rosario: Laborde Libros Editor, pp. 431-446.

LÓPEZ CAMPENY, S.; OLIVERA, D.; FERNÁNDEZ VARELA, V. y PEÑA, J. (2005) “Procesos tafonómicos, subsistencia y uso del espacio: Análisis de la arqueofauna de un sitio agropastoril de la Puna Meridional argentina (Punta de la Peña 9, Antofagasta de la Sierra, Catamarca)” *Intersecciones en Antropología*, 6, pp. 11-28.

MARTEL, A. y ASCHERO, C. (2007) “Pastores en acción: imposición iconográfica vs. autonomía temática”. En A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vázquez y P. Mercolli (comp.), *Producción y Circulación Prehispánicas de Bienes en el Sur Andino*. Córdoba: Editorial Brujas, pp. 329-349.

MATTHEW, A.; WOODS, J. y OLIVER, C. (1991) “Spots before your eyes: New comparison charts for visual percentage estimation in archaeological material”. En A. Middleton y I. Freestone (eds.), *Recent developments in ceramic petrology*. Londres: British Museum Occasional Paper 81, pp. 211-263.

OLAETXEA, C. (2000). “La tecnología cerámica en la protohistoria vasca”. *Munibe (Antropología-Arkeologia)*, suplemento 12. Sociedad de Ciencias Aranzadi.

OLIVERA, D. (1988) “La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentino”. *Precirculados de las Ponencias Científicas a los Simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 83-101.

OLIVERA, D. (1991) “Tecnologías y estrategias de adaptación en el Formativo (Agroalfarero Temprano) de la Puna Meridional Argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca, R.A.)”. Tesis doctoral leída en la Universidad Nacional de La Plata. Ms.

OLIVERA, D. (1997) “La importancia del recurso Camelidae en la Puna de Atacama entre los 10.000 y 500 años A.P.” *Estudios Atacameños*, 14, Tomo Especial dedicado al II Taller Binacional de Interacción entre el NOA y el Norte Chileno, pp. 29-41.

OLIVERA, D. (2001) “Sociedades agropastoriles tempranas: El Formativo Inferior del Noroeste Argentino”. En E. Berberían y A. Nielsen (eds.), *Historia argentina prehispánica I*. Córdoba: Editorial Brujas, pp. 83-125.

OLIVERA, D. y PODESTÁ, M. (1993) “Los recursos del arte: arte rupestre y sistemas de asentamiento-subsistencia formativos en la Puna Meridional argentina” *Arqueología*, 3, pp. 93-141.

OLIVERA, D. y ELKIN, D. (1994) “De cazadores y pastores: el proceso de domesticación de camélidos en la Puna Meridional Argentina”. En *Zooarqueología de Camélidos*, 1. Buenos Aires: Ediciones del Tridente, pp. 95-124.

OLIVERA, D. y NASTI, A. (1994) “Aspectos metodológicos del análisis espacial intrasitio en el formativo de la Puna meridional”. *Actas y Memorias del XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina I*. San Rafael, pp. 275-279.

OLIVERA, D. y PALMA, J. (1997) “Cronología y registro arqueológico en el Formativo Temprano en la Región de Humahuaca” *Avances en Arqueología*, 3, pp. 77-99.

OLIVERA, D. y VIGLIANI, S. (2000-02) “Proceso cultural, uso del espacio y pro-

ducción agrícola en la Puna Meridional Argentina” *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 19, pp. 459-481.

OLIVERA, D.; TCHILINGUIRIAN, P. y DE AGUIRRE, M. (2006) “Cultural and environmental evolution in the meridional sector of the Puna of Atacama during the Holocene”. En “*Change in the Andes*”, Acts of the XIVth UISPP. BAR International Series, 1524. Oxford: Archaeopress, pp. 11-20.

OLIVERA, D.; VIDAL, A. y GRANA, L. (2003) “El paisaje simbólico y el proceso de complejidad en la puna meridional (ca. 3000 años A.P): El sitio Cueva Cacao 1A” *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXVII, pp. 257-270.

OLIVERA, D.; TCHILINGUIRIAN, P. y GRANA, L. (2004) “Paleoambiente y arqueología en la Puna Meridional Argentina: archivos ambientales, escalas de análisis y registro arqueológico” *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXIX, pp. 229-247.

OLIVERA, D.; ELÍAS, A.; SALMINCI, P.; TCHILINGUIRIAN, P.; GRANA, L.; GRANT, J. y MIRANDA, P. (2008) “Nuevas evidencias del proceso sociocultural en Antofagasta de la Sierra. Informe de campaña año 2007” *La Zaranda de Ideas. Revista de Jóvenes Investigadores en Arqueología*, 4, pp. 119-140.

OLIVERA, D. y GRANT, J. (2009) “Puestos de altura de la puna argentina: zooarqueología de Real Grande 1 y 6 y Alero Tomayoc” *Revista del Museo de Antropología*, 2, pp. 151-168.

OLIVERA, D.; ESCOLA, P.; ELÍAS, A.; PÉREZ, S.; TCHILINGUIRIAN, P.; SALMINCI, P.; PÉREZ, M.; GRANA, L.; GRANT, J.; VIDAL, A.; KILLIAN, V. y MIRANDA, P. (2012) “El Formativo en la Puna Meridional: de la opción productiva a las sociedades agropastoriles plenas”. Ponencia presentada en el Simposio-Taller *Arqueología del Período Formativo en Argentina. Un Encuentro para Integrar Áreas y Sub-Disciplinas, Revisar Significados y Potenciar el Impacto de las Investigaciones en Curso*, Taí del Valle (Tucumán), 11-14 abril 2012. Instituto de Estudios Superiores (CONICET) - Universidad Nacional de Tucumán.

PINTAR, E. (1996) “Prehistoric Holocene adaptations to the Salt Puna of Northwest Argentina”. Tesis doctoral leída en la Southern Methodist University. Ms.

PODESTÁ, M. (1986-87) “Arte rupestre en asentamientos de cazadores recolectores y agroalfareros en la Puna Sur argentina. Antofagasta de la Sierra, Catamarca” *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 17(1), pp. 241-263.

RAFFINO, R. y CIGLIANO, M. (1973) “La Alumbrera: Antofagasta de la Sierra. Un modelo de ecología cultural prehispánica” *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, s/n.

- RICE, P. (1987) *Pottery Analysis: a sourcebook*. Chicago: University of Chicago Press.
- RICE, P. (1996) "Recent Ceramic Analysis. Function, Style and Origins" *Journal of Archaeological Research*, 4(2), pp. 133-161.
- RODRÍGUEZ, M. (1998) "Arqueobotánica de Quebrada Seca-3: Recursos vegetales utilizados por cazadores recolectores durante el Período Arcaico en la Puna Meridional argentina". Tesis doctoral leída en la Universidad de Buenos Aires. Ms.
- RYE, O. (1981) *Pottery Technology*. Washington: Taraxacum.
- SASSEN, S. (2002) "Introduction: locating cities on global circuits". En S. Sassen (ed.), *Global Networks, Linked Cities*. Nueva York: Routledge, pp. 1-38.
- SEMPÉ DE GÓMEZ LLANES, M. (1977) "Las culturas agroalfareras prehispánicas del valle de Abaucán (Tinogasta-Catamarca)" *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 9, pp. 5-58.
- SERRANO, A. (1952) *Normas para la descripción de la cerámica arqueológica*. Córdoba: Imprenta de la Universidad.
- SHELLER, M. y URRY, J. (2006) "The new mobilities paradigm" *Environment and Planning*, 38, pp. 207-226.
- TCHILINGUIRIAN, P. y OLIVERA, D. (2010) "Agricultura, ambiente y sustentabilidad agrícola en el desierto: el caso Antofagasta de la Sierra (Puna argentina, 26° S)". En A. Korstanje y M. Quesada (eds.), *Arqueología de la agricultura: casos de estudio en la región andina argentina*. San Miguel de Tucumán: Ediciones Magna, pp. 102-127.
- TORRENCE, R. (1989) "Retooling: towards a behavioral theory of stone tools". En R. Torrence (ed.), *Time, energy and stone tools*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 57-66.
- VIDAL, A. (2002) "Análisis funcional de la cerámica utilitaria en Casa Chávez Montículos (Prov. de Catamarca)" *Shincal*, 7, pp. 1-20.
- VIDAL, A. (2003) "Análisis porosimétrico de materiales cerámicos tempranos del NOA". En *Avances en Arqueometría*. Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 3-9.
- VIGLIANI, S. (1999) "Cerámica y asentamiento: sistema de producción agrícola Belén-Inka". Tesis de Licenciatura leída en la Universidad de Buenos Aires. Ms.
- YACOBACCIO, H. (1994) "Biomasa animal y consumo en el Pleistoceno-Holoceno sur andino" *Arqueología*, 4, pp. 43-71.